

LOS ESCRITORES EN LA VIDA ESPAÑOLA¹

Después de un breve viaje por España os soltean [asaltan] impresiones. ¿Cómo imponerles unidad sin conocer los múltiples aspectos del esfuerzo intelectual hispano? ¿Cómo enhilar ideas si la memoria se siente grávida porque suntuosas imágenes la embargan?

En quien visita las grandes librerías y lee los diarios más principales, en el observador que estudia con simpatía, se insinúan dudas respecto a terminantes afirmaciones que nadie examina o discute. No se lee en la Península, se dice, y las estadísticas traen la abrumadora cifra del analfabetismo. A la nación incuriosa llega el tumulto de Europa sin conmoverla. No se entera, según los que denuncian esta ominosa apatía. Empero los editores traducen obras de todas las lenguas cultas. Antes de que aparezca Spengler en francés, en inglés o en italiano, se publica en edición española. Análoga indicación puede hacerse en relación con Freud o con Rathenau. De la escuela jurídica alemana, de los criminalistas italianos, de los doctores del neomarxismo ruso, lo esencial surge, en vestidura castellana, de prensas curiosamente activas. Numerosas colecciones entregan al público todos los días libros con que saciar la más ardorosa curiosidad. Nada escapa a este empeño de importación, clásicos y modernos, literaturas remotas, grandes libros del pueblo convecino que siempre atrae, porque es nervioso y sutil, a españoles.

De presente, el interés va a Italia, a descubrirla, a propagar su renacimiento cultural. Pirandello, Borgese y el mismo Verona ingresan triunfalmente en la Península. Alguien lee estas colecciones invasoras, a un vasto público se dirigen, corresponden seguramente a direcciones que impone una inteligencia quizás insegura, pero también ágil y hospitala-

¹ Publicado en *La herencia de Lenin y otros artículos*, París, 1929, pp. 135-143. Título original. [THM]

ria. No persistirían en su interesante conato las grandes casas editoriales si no llegara a ellas, en masa, el lector capacitado para distinguir, rechazar y admirar. ¿Qué comerciante se expondría al fracaso de su esfuerzo por educar a su público, por imponerle un peligroso *sursum*? Cier- to, América lee, compra libros que vienen de la metrópoli, pero no basta su curiosidad en progreso para explicar la fundación y el desarrollo de poderosos centros de edición.

Además, en los grandes órganos de la prensa domina un estado mayor de escritores. Allí están los más originales, los más cultos, los mejores. La hoja cotidiana se convierte en revista para todas las gentes. No sólo sorprende el periódico por su abundante información, por su perfección gráfica, porque se ha adecuado a la agitada vida de nuestro tiempo, sino porque en él se discuten diariamente los más altos temas y el espíritu se avigora al leerlos. Imaginaos lo que sería la prensa de París si en ella colaborasen regularmente Bergson y Claudel, Anatole France y André Gide. Si nadie se interesa en la cultura, ¿por qué convocan los directores de los periódicos peninsulares a tan selectos espíritus, por qué entregan sus columnas a sabias discusiones sobre la excelencia de la enseñanza clásica o el porvenir del sindicalismo o las relaciones entre la enseñanza de Tolstoi y el comunismo rojo de los eslavos?

Misteriosa simpatía que sólo se justifica si los lectores siguen tales encuestas, si se complacen en disquisiciones trascendentales, si un intenso amor de ciencia los aprieta, si piden luz, más luz en España, que a sí misma se condena como país de regresión y de tinieblas. Creo que se lee más allá de los Pirineos y que la «inteligencia», que tantas analogías presenta con la de los rusos «poder inclinado a la crítica, fuerza explosiva y destructora», va formando un vasto público, suscitando inquietudes en un pueblo resignado, creando un estado difuso de incertidumbre, favorable a las revelaciones y a las transmutaciones. El progreso, según Stuart Mill, es obra de espíritus descontentos. Los jóvenes españoles, generación que estudia y medita y afirma que nada está bien en la Península, transforman a la misma gente que se ufana de conservar y resistir, llevando hasta ella interrogaciones, dudas y lecturas.

No sé cómo reaccionan las clases sociales ante esta propaganda del diario y del libro. Se dice que la aristocracia indiferente, entregada a aventuras y deportes, sonrío cuando los intelectuales se lamentan y priva a éstos de acción inmediata en los salones. Sin embargo, una marquesa invita a Stravinsky, que dirige conciertos en Madrid, y en grandes mansiones solariegas se inauguran exposiciones de pintura. Por el arte,

por el esnobismo, llegarán los «grandes» al libro nuevo, a la idea audaz. Quién sabe si Ramón y Cajal hallará pronto duquesas con las cuales discutirá las reglas de la investigación biológica, como Voltaire estudiaba con madame de Châtelet los principios de la filosofía de Newton...

El clero se opone naturalmente al análisis pertinaz de la vida hispánica. Interesado en el mantenimiento del antiguo orden social, prefiere la evolución lenta o estancamiento de la revolución. Con todo, las revistas que publican determinadas congregaciones docentes se distinguen por su elevado espíritu e informan, aunque sea en actitud de crítica, de las más importantes manifestaciones del pensamiento contemporáneo. Acaso temen que el intelectual se convierta en agente de disolución, que sepa destruir, pero que ignore el arte operoso de las construcciones durables.

No se ha formado todavía en España, como en Francia, una poderosa clase media. Los plutócratas se inquietan porque, tras las reformas, adivinan el ataque a la propiedad. No leen seguramente. Se ciñen, en la industria, en la banca, en el comercio, a estrechas obligaciones. Los señores de la tierra saben que sufrirán desmedro sus privilegios si se discuten los fundamentos del régimen social. Los políticos, constituidos en grupo con sus clientes, poco estudian, si aceptamos autorizados juicios sobre su acción. Algunos de ellos, un Sánchez de Toca, un Ossorio y Gallardo, agitan ideas, discuten con prestigiosos ideólogos. Ha declarado el señor Ossorio y Gallardo, en una revista liberal de Francia, *La Nueva Europa*, que los conservadores de España deben preparar el camino a los hombres de la izquierda, a los reformadores, y que a ello se reduce su presente función histórica. He aquí a un hombre público que simpatiza con las derechas y acepta, sin embargo, transformaciones ineludibles.

Los obreros se instruyen seguramente. Colecciones, tal la que publicara el editor Sempere, pusieron a su alcance la más ilusiva literatura anarquista, como si el caos pudiera ser norte de su ambición futura. En los diarios encuentran ya elementos para formar precisa opinión sobre los sucesos del mundo, para afirmar y ordenar sus reivindicaciones.

A todas estas clases, constituidas o en formación, llevan los intelectuales su doctrina. Combaten la oriental aceptación de lo que adviene, sea mengua o resurrección, exigen cooperación eficaz. Donde mantienen tan segura preeminencia instituciones envejecidas, augustas creaciones del pasado, ellos critican y condenan. Job ha resucitado en la Península, escribe un cronista. ¿Qué más da?, dice el hombre de las calles y de las plazas.

La «inteligencia» española rechaza tal actitud. A todos los géneros lleva su generoso ímpetu. Ninguno de éstos prospera tanto como el ensayo.

Si el renacimiento de la actividad intelectual española es, en todos los dominios, evidente, me parece que en el artículo, en el comentario, en la crítica, en la crónica, el progreso se manifiesta de manera decisiva. Pulan ideas sutiles o fuertes en los editoriales de los grandes diarios. El periodista se transforma sin esfuerzo en ensayista. Mientras tanto, a despecho de nobles tentativas, el teatro se extravía en el fácil vodevil o vive de importaciones extranjeras, y se dice de la novela que sólo le interesan los problemas que surgen en torno a una aguda sexualidad.

Los intelectuales luchan, no sólo con la indiferencia de otras clases, sino también con el desarrollo del espíritu crítico. ¡Qué severidad para juzgar el esfuerzo ajeno y la obra propia! Los jóvenes, en su afán iconoclasta, se apresuran a destruir y a negar. Se eclipsa la gloria de las grandes figuras de un pasado no remoto. Sobre Menéndez Pelayo, formidable crítico, he escuchado injustas opiniones. Empero, nadie escribe hoy mismo mejores estudios que los consagrados por el maestro a Víctor Hugo o a Heine, ni explica, mejor que él, los grandes sistemas filosóficos. Pero ¿cómo afirmarse sin establecer antítesis y diferencias? Vendrá pronto la síntesis acuciada y a ella habrán contribuido, en inesperado concierto, dos o tres generaciones.

Disolviendo o construyendo, los escritores buscarán la amistad de nuestra América. El iberoamericanismo no es ya voz a que no corresponde [la] actual realidad, *flatus vocis*, sino expresión de sincero acercamiento. Se disertará siempre, entre aplausos, en simpáticas asambleas; pero, mejor que en tales escarceos, espíritus fraternales acogerán la obra de los americanos como si hubiera aparecido en una región de la Península, sin obedecer a viejos prejuicios, con decisión de reconocer preeminencia dondequiera que ésta se encuentre, como sucedió con Rubén Darío y hoy parece que va a producirse con Amado Nervo.

Esta minoría activa y sabia de intelectuales vigila los ensayos políticos del Directorio Militar. Frente a la fuerza áspera el espíritu que protesta o que sugiere a pesar de la censura, que no se inclina y pronuncia el orgulloso *non serviam*. El destierro de Unamuno, la clausura del Ateneo, la desaparición de una revista de brillante historia, *España*, han sido aspectos de la lucha entre dos poderes resueltos y tenaces. Importante duelo en el cual la «inteligencia» ha ganado ya algunas batallas.

Naturalmente, algunos desesperan en el combate o buscan un refugio para meditar y volver más tarde avigorados a la acción intensa. Otros, como Luis Araquistain, se mantienen en estado de rebeldía, aportan claras soluciones, se preparan para dirigir al país remozado.

¿Qué falta a la obra de todos, al viril y simpático empeño? Simbiosis, sinergia, todas las manifestaciones de una actividad que, en vez de dispersarse, se concentra; la contribución, sin reservas, de individualidades distintas a trabajos comunes; pero no, como hasta ahora, la acedía en el juicio, la división, la exasperación de la duda y del examen, el total desencanto. España, sana y austera, con prodigiosas reservas, si es sabiamente guiada podrá convertirse en bulevar de todas las culturas y poderoso centro de energía espiritual. Pero antes es necesario que «ponga su silla la unidad sobre todo», como enseñaba el místico.